

Juan Mejía Baca: un Trabajador

* * *

Hace diez años, un hombre de carácter jovial, de espíritu optimista, de indeclinable fe en sí mismo y en los demás, comenzó a vender libros. Su historia, en el ejercicio de este difícil oficio —difícil, puesto que vender libros no es, como puede ligeramente creerse, un negocio comercial cuyos resultados dependen de la mayor o menor habilidad que se ponga en el juego de la oferta y la demanda— es simple y admirable. Junto con unos pocos ahorros, ese hombre invirtió un capital imponderable: su gran generosidad, su amor a la cultura, su intachable sentido de honradez y probidad. Tales valores humanos son generalmente conceptuados incompatibles con el propósito de prosperar en la actividad lucrativa. Afortunadamente, el hombre de que hablamos ha demostrado con los hechos que se puede ser comerciante —y comerciante en libros, que no son artículos corrientes cuya función es inmediata y circunscrita a un interés individual y privado— y, al mismo tiempo, se puede tener un ánimo de solidaridad social amplio y desprendido. La prosperidad de este hombre ha redundado en beneficio de todos aquellos que como productores o consumidores dependen de la palabra impresa y del pensamiento hecho objeto que circula y difunde, por donde pasa, su beneficio espiritual. Este hombre es Juan Mejía Baca.

Juan Mejía Baca es una de esas personalidades sencillas y prácticas que hacen de sus ideas y de las ideas de los otros, que parecen ilusas, realidades vivas. Tiene la categoría de un pionero, porque a semejanza de esos conquistadores lleva a cabo, donde todo se ofrece hosco e impracticable, una indeclinable creación, y eso a fuerza de tesón, de voluntad y de esperanza. En el desierto el pionero funda el oasis, en el oasis hace un campo de cultivo, en el campo de cultivo levanta un taller, en el taller construye una urbe, y así hasta el infinito. Su obra crece y se multiplica, porque el empeño que lo mueve se contagia y germina mil veces, por lo que tiene de incentivo ejemplar, en los que comprenden cuán trascendental es dar vida con la propia vida. Mejía Baca comenzó, hace justamente diez años, a vender libros. Lo primero que pensó fué poner este vehículo de saber y cultura en manos de los que lo requerían como el pan y la salud, y hasta hoy ésta ha sido su norma de acción. Junto con el libro ha brindado su consejo, su estímulo, su infatigable poder de suscitación cultural. Ha hecho de su oficio una misión, un apostolado, precisamente en un medio donde todo invitaba a abandonar esta vocación promotora desinteresada y entregarse, en cambio, a las tentaciones de la riqueza, del lujo y, también, del poder.

Pero hay, además de éstas, una faceta singular en Juan Mejía Baca, algo que muchos tomarán como un rasgo que no merece mayor atención: su peruanismo, su afecto a lo que es radicalmente nuestro. Ello en él no es sólo culto al pasado que es digno y rector, sino principalmente decisivo entusiasmo por el futuro. En verdad, la resolución íntima y altiva de hacer el porvenir mejor para todos. El Perú es para este hombre la promesa de dicha que es para todos aquellos que obran, no para su satisfacción personal y efímera, sino para la permanente de los que vendrán mañana, detrás de nosotros. Y este hombre que vende sin usura buenos libros, que ha establecido una editorial, que fomenta becas y premios, que batalla por el resurgimiento de la música, que ayuda a los estudiantes y a los profesionales jóvenes, que brinda apoyo a todo lo que sea manifestación del espíritu y la cultura, no es un millonario. Es lo mejor que puede ser un ciudadano: un trabajador. Es decir, esa clase modesta y limpia que una nación nueva necesita con urgencia.

Sebastián Salazar Bondy

20/10/55